

Érase una vez una bruja

*Miriam Eréndira Calvillo Velasco **

La lucha entre brujas y princesas no se quedó en las páginas que de tarde en tarde nos leía la abuela, salieron al mundo de las cosas para llenar nuestros juegos infantiles. Sólo una de nosotras podía ser la bruja, la otra debía encarnar al hada, la princesa o la doncella, fue por ello que buena parte de nuestra infancia la pasamos librando feroces batallas. Cualquiera que nos hubiera visto en esos momentos pensaría que la lucha era por ganar el papel de la princesa, pero ambas ambicionábamos ser la bruja, encarnar a esos seres que tenían el poder de la magia y la sabiduría, que eran capaces de definir el destino de los otros y que, por perversas, siempre eran más astutas e inteligentes que cualquier otro personaje; especialmente que las princesas que eternamente parecían más tontas.

Las más de las veces el tiempo del juego se nos escapó en decidir quien sería la bruja. Sólo podría encarnar a ese prodigioso ser aquella que entre tú y yo consiguiera vencer el reto por ti siempre maquinado: subir a la rama más alta del vetusto roble, enclavado en la mitad de la calle por haber estado ahí mucho antes que llegara el asfalto a rodearlo. Otras veces se trataba de escalar la desvencijada y oxidada escalera, débilmente unida a una pared casi derruida, para atravesar el muro de aquella casa cuyo abandono la había dejado en ruinas bajo una espesa maleza que servía de guarida a toda clase de sabandijas y alimañas, incluyendo a esas con atisbos de haber sido humanos si no en esta vida al menos en alguna otra.

Los desafíos crecieron: ganaría aquella capaz de engullir de un solo bocado una lombriz viva y entera; o quien de un sólo tiro estampara el excremento recién expulsado en la ventana del viejo y energúmeno don Ernesto; o bien quien fuera capaz de meter la mano en el hocico del veterano perro desdentado y sarnoso que vivió -hasta que una fría mañana de enero amaneció tieso- en el desvencijado Valiant guinda que nadie sabía por qué ni quién había abandonado en esa esquina en la que además de albergue canino, sirvió por casi una década de cuarto de hotel, cantina, fumadero, muro de lámina en el que quedaron grabadas lo mismo amenazas que lamentos y declaraciones de amor eterno. Aunque para la abuela sólo fuera el lugar de reunión de “esos pandilleros, vagos y viciosos”.

* Profesora Investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México. E-mail: miriamcalvillo@hotmail.com

Todavía con el recuerdo, se me remueve la tráquea para expulsar una inexistente lombriz; corro despavorida delante de don Ernesto que me persigue con una escoba en una mano, mientras con la otra intenta ajustarse los inútiles lenticillos para tratar de distinguir al fracasado escatológico francotirador entre su miopía y las cataratas. De vez en cuando aparece en mis pesadillas el remedo de lobo, abriendo sus fauces y mostrándome sus inexistentes colmillos bañados en sangre y pus como una advertencia de lo que me llegaría a ocurrir de continuar con mi intención de acercarme a su sanguinolento y destrozado hocico.

Cada fracaso fue acompañado de tu magnífica elocuencia: como yo no había logrado superar el reto entonces yo era la perdedora y como ya había una perdedora la contienda se daba por finiquitada. Frente a mis protestas tu estruendosa vocecilla se alzaba para gritarme: “¡perdiste, perdiste!” y canturrearme burlonamente: “¡eres una prince-si-ta, eres una prince-si-ta!””, haciendo crecer todavía más mi impotencia y coraje. Vencida, siempre vencida, regresaba a casa, donde cada noche esperaba la llegada de papá quien al entrar, y verme, hacia la misma pregunta con la misma cara fingiéndome estupidez: “¿a dónde está mi princesa?” Y tú detrás de mí rematando con ironía y desden: “¡eres una prince-si-ta, eres una prince-si-ta!”.

Por un tiempo, que me pareció infinito, sufrí la vejación de ser la princesa tonta más allá del tiempo del juego, hasta aquel día que venciendo mi miedo y a pesar del dolor que me provocaban troncos y hojarasca al rosar y arañar mis desnudos y menudos brazos y piernas, trepe y trepe, hasta llegar a la punta más alta del viejo roble. Allá arriba los segundos se volvieron la eternidad misma, al fin alcance el cielo. Nunca más sería la princesa. Ya nadie podría negar que con la sima hubiera llegado el triunfo y la posibilidad de hacer magia, conocer los secretos del mundo, poder mirar el futuro, hacer que otros hicieran lo que yo quería. No sé si fue la emoción de la conquista o que simplemente mi insignificante peso por extraño que pareciera logro vencer la seca rama de la que pendía, lo cierto es que abrí los brazos y volé, pase por encima del mundo para verlo todo y con mi mirada hacerlo mío. Mi última visión, antes de entrar al negro túnel, fue mi pequeño cuerpo estrellado en el pavimento y junto a él, tú, finalmente silenciada. Desde aquel día te quedaste ahí dentro, siendo la princesa muda, y yo acá fuera siendo por siempre la bruja, porque las princesas, aunque tontas, nunca jamás son tuertas y tullidas.